

## **LA COMUNIDAD: MODELO DE IGLESIA Y PLENITUD DE ALEGRÍA.**

Podemos muy bien decir que la característica fundamental de Agustín nace de dos experiencias de su vida: una, la experiencia personal de su búsqueda de Dios, y, la otra, la experiencia de la vida social y eclesial de su tiempo. En la experiencia personal ha habido un profundo trabajo interior; la experiencia social y eclesial, Agustín la ha analizado a la luz de la lucha entre los dos amores que han constituido dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la ciudad celeste (cfr. La ciudad de Dios 14, 28).

Para Agustín, en el contexto de esta experiencia, la instancia prioritaria es su ansia de unidad: unidad de sí mismo y unidad de la Iglesia, es decir, recomposición de su mismo ser desarticulado e inquieto en la unidad de sí mismo con Dios. Por esta unidad Agustín reza, por esta unidad medita, con esta unidad sueña (cfr. La Trinidad 4, 7, 11). Su comunidad debe ser el boceto y el modelo de esta unidad personal, social y eclesial. Hacia esta unidad hay que correr como el ciervo, este es el gran anhelo: "Ea, hermanos, percibid mi anhelo, haced causa común conmigo en este anhelo; amamos juntos, juntos nos inflamamos en esta sed, corramos juntos a la fuente de este entendimiento. Deseemos la fuente como el ciervo, pero no la fuente que anhelan los que han de ser bautizados por la remisión de los pecados. Los ya bautizados deseemos aquella fuente de la cual dice otro salmo: En ti está la fuente de vida. Esta fuente es luz, porque en tu luz veremos la Luz. Luego, si es fuente y es luz, con razón es también entendimiento, porque sacia el alma ávida del saber... Luego, hermanos, existe cierta luz interna, de la cual carecen los que no entienden... Corre a la fuente, desea la fuente de agua. En Dios está la fuente de vida, fuente perenne; en su luz encontraréis la luz que no se oscurece. Desea esta luz, esta fuente, esta luz que no conocen tus ojos. El ojo interior se apresta para ver esta luz, la sed interior se inflama para beber de esta fuente. Corre a la fuente, desea la fuente. Pero no corras de cualquier modo, como cualquier animal; corre como el ciervo. ) Qué significa corre como el ciervo? Que no sea lento el correr; corre veloz, desea pronto la fuente" (Comentario al salmo 41, 2).

Por tanto, Agustín nos invita a recorrer su mismo camino que va desde la dispersión al recogimiento y avanza hasta llegar a la fuente misma de la vida donde se superan todas las tinieblas y se vive una auténtica revolución interior: " (Oh Verdad, lumbre de mi corazón, no me hablen mis tinieblas! Me incliné a éstas y me quedé a oscuras; pero desde ellas, sí, desde ellas te amé con pasión. Erré y me acordé de ti. Oí tu voz detrás de mí, que volviese; pero apenas la oí por el tumulto de los sin-paz. Mas he aquí que ahora, abrasado y anhelante, vuelvo a la fuente. Nadie me lo prohíba: que beba de ella y viva de ella. No sea yo mi vida; mal viví de mí; muerte fui para mí. En ti comienzo a vivir: háblame tú, sermonéame tú. He dado fe a tus libros, pero sus palabras son arcanos profundos" (Confesiones 12, 10, 10).

Agustín sabe de caminos complicados, pero en un momento se ha dado cuenta que sólo en Dios está el verdadero descanso y hacia El, con un profundo anhelo de llegar, corre como un ciervo herido, pero Agustín se da cuenta que esto no se puede hacerlo independientemente, sino que, en muchos momentos, como les ocurre a los ciervos cuando quieren pasar los ríos, es necesario apoyar la cabeza en otro hermano, es necesario la ayuda y el caminar juntos: "Se cuenta de los ciervos, y lo vieron algunos, pues no se narraría tal cosa de ellos a no ser comprobado, que, cuando caminan en rebaño o cuando nadando se dirigen a otras tierras, colocan sus cabezas unos sobre otros, de tal modo que uno guía; y detrás de éste sigue otro, que coloca su cabeza sobre él; a continuación, en fila, siguen otros, poniendo sus cabezas sobre el anterior,

hasta el último con el que termina la recua. Cuando el primero que llevaba el peso de la cabeza del siguiente se ha cansado, se dirige a la cola para que le suceda el segundo como primero, y así éste descanse de su fatiga recostando la cabeza en el último. Llevando de este modo alternativamente la carga, ejecutan el recorrido y sin abandonarse unos a otros" (Comentario al salmo 41, 4).

Correr, por tanto, hacia la fuente, hacia la paz y el descanso, hacia la unidad del ser en Dios, pero correr como el ciervo, con una cierta celeridad y unidos en la carrera, participando a los demás de los anhelos y de las fatigas, en comunión de deseos, arrastrando a los que amamos a nuestro mismo amor: "Tu Don nos enciende y por él somos llevados hacia arriba: enardecémonos y caminamos; subimos las ascensiones dispuestas en nuestro corazón y cantamos el cántico de los grados. Con tu fuego, sí; con tu fuego santo nos enardecemos y caminamos, porque caminamos para arriba, hacia la paz de Jerusalén... Allí nos colocará la buena voluntad, para que no queramos más que permanecer eternamente allí" (Confesiones 13, 9, 10).

Dios habita en la tierra en la Iglesia, como la tienda que se tiene en el tiempo de peregrinación: "Aquel que tiene la excelentísima casa en lo escondido, tiene también en la tierra el tabernáculo. Su tienda o tabernáculo en la tierra es su Iglesia, todavía peregrina. Pero aquí ha de buscarse, porque en el tabernáculo se encuentra el camino que conduce a la casa. Cuando vaciaba sobre mí mi alma para lograr ver a mi Dios, ¿por qué hice esto? Porque he de entrar en el lugar del tabernáculo. Pues fuera del lugar del tabernáculo erraré buscando a mi Dios. Entraré en el lugar del admirable tabernáculo hasta la casa de Dios. Entraré en el lugar del tabernáculo, del admirable tabernáculo, hasta la casa de Dios. Pues yo admiro muchas cosas en el tabernáculo. He aquí cuántas cosas contemplo en él. El tabernáculo de Dios en la tierra son los hombres fieles. En ellos admiro la obediencia de sus miembros, porque no reina en ellos el pecado obedeciendo a sus deseos; ni prestan sus miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino que se ofrecen a Dios vivo en las buenas obras; también observo que los miembros están bajo el dominio del alma para servir a Dios; asimismo contemplo al alma que obedece a Dios ordenando las obras de sus actos, refrenando la concupiscencia, deponiendo la ignorancia y ofreciéndose a soportar todas las tribulaciones y molestias, consagrándose ante todo a la justicia y a la caridad. Contemplo estas virtudes en el alma, pero aun me encuentro peregrino en el lugar del tabernáculo" (Comentario al salmo 41, 9). Probablemente todo lo que se dice en este texto sobre la Iglesia puede perfectamente ser aplicado a la comunidad religiosa.

Caminando en la tienda de la Iglesia, que se distingue por la paz de la concordia y por la caridad común (cfr. Comentario al salmo 103, s.2, 11). La comunidad agustiniana es ser ciervos que corren buscando juntos, en la tienda de su interioridad y de su ser-Iglesia, la fuente de agua fresca, es decir a Dios. La comunidad es el templo donde habita Dios, por tanto, "adorad al Señor en vuestro corazón dilatado y santificado: porque vosotros sois su santa morada" (Comentario al salmo 28, 2). Vosotros sois su casa, su verdadera habitación, su santuario: "He aquí por qué Dios, que doquier está presente e íntegro, no habita en todos, sino tan solo en aquellos a quienes hace su templo beatífico o sus templos beatificados, sacándolos de la potestad de las tinieblas y transportándolos al reino del Hijo de su amor, lo que comienza con la regeneración. En un sentido se habla del templo de Dios, cuando la mano de los hombres lo levanta con materiales inanimados, como el tabernáculo fue erigido con maderos, velos, pieles y demás utensilios, o como el rey Salomón levantó el templo con piedras, vigas y metales. En otro sentido diferente se habla de la realidad misma que estaba representada en tales símbolos. Por eso se dice: Y vosotros, como piedras vivas, formáis una casa espiritual. Por eso está escrito también: Somos

los templos del Dios vivo, como Dios dice: Porque habitaré entre ellos y me pasearé; y seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Epístola 187, 35). Dios habita en todos y en cada uno: "Dios habita en los individuos como en sus templos y en todos reunidos en uno como en su templo" (Epístola 187, 38; cfr. La ciudad de Dios 10, 3, 2).

Nosotros somos el templo de Dios, estamos cimentados en el Señor y edificados por su mano, con el aglutinante de la caridad que Dios mismo ha depositado en nuestros corazones; pero siendo su templo, sólo ahí podemos orar a Dios para ser escuchados: "Todos los que creen así son como piedras vivas, con las cuales se edifica el templo de Dios, y como madera incorruptible, con la cual fue fabricada el arca, que no puede sumergirse en el diluvio. Este, pues, es el templo, es decir, los mismos hombres son el templo en donde se suplica a Dios y oye. Todo el que ora a Dios fuera de su templo, no es oído por lo que se refiere a la paz de la eterna Jerusalén, aunque lo sea en cuanto a determinados bienes materiales, que Dios concedió también a los paganos, pues también fueron oídos los mismos demonios para entrar en los puercos. El ser oídos en cuanto a la vida eterna es cosa distinta, y sólo se concede a aquel que ora en el templo de Dios. Ora en el templo de Dios el que ora en la paz de la Iglesia, en la unidad del Cuerpo de Cristo, puesto que el Cuerpo de Cristo consta de innumerables fieles dispersos por todo el orbe terráqueo" (Comentario al salmo 130, 1).

Las consecuencias de ser templo de Dios, son enormes, en primer lugar "si nosotros somos el templo de Dios, el altar de Dios es nuestra alma" (Comentario al salmo 94, 6). Tratando de resumir en un texto lo que estamos diciendo, elegimos lo que Agustín nos dice en La Ciudad de Dios: "Somos, en efecto, todos a la vez y cada uno en particular, templos suyos, ya que se digna morar en la concordia de todos y en cada uno en particular; sin ser mayor en todos que en cada uno, puesto que ni se distiende por la masa ni disminuye por la participación. Cuando nuestro corazón se levanta a él, se hace su altar: le aplacamos con el sacerdocio de su primogénito; le ofrecemos víctimas cruentas cuando por su verdad luchamos hasta la sangre; le ofrecemos suavísimo incienso cuando en su presencia estamos abrasados en religioso y santo amor; le ofrecemos y devolvemos sus dones en nosotros y a nosotros mismos en ellos; en las fiestas solemnes y determinados días le dedicamos y consagramos la memoria de sus beneficios a fin de que con el paso del tiempo no se nos vaya introduciendo solapadamente el olvido; con el fuego ardiente de la caridad le sacrificamos la hostia de humildad y alabanza en el ara de nuestro cuerpo" (La ciudad de Dios 10, 3, 2).

Agustín está convencido que lo mejor que puede hacer es dejar que Dios sea su dueño, y esto no sólo cuando está lleno de entusiasmo por ser el comienzo de su vida cristiana después de convertido, sino que también en sus discursos a los fieles está en la misma actitud y viviendo los mismos anhelos: "El no quiere otra cosa que darse a sí mismo. Si encuentras algo mejor, pídelo. Pero si pides otra cosa, le injurias y te perjudicas a ti mismo al anteponer a El lo que hizo El, puesto que desea dársete a sí mismo el que lo hizo. Llevada de este amor, le dijo cierta alma: ) No eres tú, Señor, mi parte? Es decir, tú eres mi heredad. Elijan los que quieran lo que han de poseer, echen suertes sobre las cosas; tú eres mi suerte, a ti te elegí. El Señor es la porción de mi herencia. Te posea para que le poseas; serás su posesión, serás su casa. El posee y es poseído para aprovechar. ) Acaso le beneficias tú en algo?" (Comentario al salmo 34, s.1, 12). Es Dios mismo el que nos hace ricos con su riqueza, sin El no somos nada y es que la única manera de crecer es poseyendo a Dios: ") Para qué os recomiendo a Dios? Para que le améis por vuestro bien, no por el bien suyo; porque, si no le amáis, para vuestro mal no le amáis, no para mal suyo. Dios no disminuirá en su divinidad porque el hombre no le ame. Tú creces por Dios; El no crece

por ti" (Comentario al salmo 149, 4).

Agustín recomienda a sus fieles: "Purificad vuestro corazón para que El le ilumine y entre aquel a quien invocáis. Sé tú su casa, y El será la tuya; habite en ti, y tú habitarás en El" (Comentario al salmo 30, 2, s.3, 8). Lo cierto es que, según Agustín, lo mejor que podemos pedir a Dios es que nos posea: "El Cuerpo de Cristo es templo, casa y ciudad. y el que es Cabeza del Cuerpo es morador de la casa, santificador del templo y rey de la ciudad. Como la Iglesia es todas aquellas cosas, así también Cristo es todas éstas. Luego, ¿qué hemos prometido a Dios sino ser templos de Dios? Ninguna cosa podemos ofrecer a Dios más agradable que decirle lo que consigna Isaías. Poséenos. En las posesiones terrenas se entrega algo al padre de familia cuando se le da la posesión; referente a la posesión, iglesia; se concede a la misma posesión que ella posee" (Comentario al salmo 131, 3).

Dios ha dejado su impronta en el hombre ya que le ha creado a su imagen, pero no en todos ha hecho su templo: "Dios, que doquier está entero, no habita, sin embargo, en todos. Porque no de todos puede decirse lo que afirma el Apóstol en el texto que antes cité o en este otro: ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?... Luego hemos de confesar que Dios está doquier por presencia de su divinidad, pero no por la gracia de la habitación... Así en la oración nos referimos a su templo, que debemos ser nosotros mismos, pues en cuanto somos, en tanto pertenecemos a su sociedad y familia de adopción. Porque si el pueblo de Dios, cuando aun no ha sido equiparado a sus ángeles y camina esta peregrinación, se llama ya templo de Dios, ¿cuánto será mejor templo de Dios en el cielo, en donde está el pueblo de los ángeles, a los que nos hemos de reunir y equiparar cuando termina esta peregrinación y hayamos recibido lo que se nos prometió?" (Epístola 187, 16). Dios habita en aquellos que santifica: "Habitas en aquellos que santificas, a los cuales haces comprender que no oyes a algunos atendiendo a su utilidad, y, no obstante, oyes a otros para su castigo" (Comentario al salmo 21, 2, 5), y esto porque el templo de Dios son los justos: "La santificación, por la que individualmente somos constituídos templos de Dios, y todos juntos formamos un templo de Dios, no se realiza sino en los que han renacido, y éstos tienen que haber nacido. Y nadie acabará bien la vida en que nació si no renace antes de acabarla" (Epístola 187, 32).

Cuando se trata de la vida del Espíritu, el importante es el Espíritu, lo mismo que cuando se trata de la vida de Dios, es Dios el que tiene el primado, siendo esto cierto, en la edificación del templo de Dios, el protagonista principal también es Dios: "Para que pienses que edifica este lugar para sí por su gracia y no por los méritos antecedentes de aquellos de quienes le edifica... De ambas clases se constituyen hombres idóneos, con los que se edifica su lugar santo; con los liberados, con los resucitados" (Comentario al salmo 67, 8). Es la caridad la que nos hace uno y lugar donde Dios habita, porque "el Señor tiene su lugar en el corazón, porque uno solo es el corazón de todos los unidos por la caridad" (Comentario al salmo 131, 4). El cántico nuevo que nace del amor nuevo, es el que edifica el templo nuevo: "Si toda la tierra canta un cántico nuevo, se edifica cuando canta, pues el mismo cantar es edificar; pero, si no, se canta el cántico viejo. La codicia de la carne canta el cántico viejo; el amor de Dios, el nuevo. Todo lo que cantes procediendo de la codicia, lo cantas según el cántico viejo, ya que, aun cuando suenen en la boca palabras del cántico nuevo, no es hermosa la alabanza en la boca del pecador... Luego toda la tierra canta el cántico nuevo; en ella se edifica la casa. Luego toda la tierra es la casa de Dios. Si toda la tierra es la casa de Dios, el que no se adhiera a ella es escombros, no casa; escombros viejos, de los cuales era figura el templo antiguo, porque en él se llevó a cabo la demolición de lo viejo para ser edificado lo nuevo... Las piedras empleadas para la nueva casa que se edifica

después de la cautividad de tal modo se unen y en tal forma las reduce a unidad la caridad, que ya no hay piedra sobre piedra, sino que todas ellas son una sola piedra. No os admiréis; esto lo hizo el cántico nuevo; es decir, esta invocación se debió a la caridad... En donde hay unidad de Espíritu, existe una sola piedra, pero una piedra formada de muchas piedras. ) Cómo se hizo una de muchas? Sufriéndose mutuamente con caridad. Luego prosigue edificándose la casa del Señor, Dios nuestro; todavía se edifica" (Comentario al salmo 95, 2).

Agustín está convencido que poner en común todos los bienes espirituales y materiales, es decir anteponer lo social a lo privado, constituye, si esto está dirigido por la caridad, la edificación del templo de Dios, esto es lo que se dice en el número 31 de la Regla y lo que afirma Agustín con frecuencia, porque "el que quiere hacer un lugar al Señor no debe alegrarse de su propio bien, sino del común... El que decía: Si entrare en el tabernáculo de mi casa, señalaba este lugar. Era propio; pero sabía que, por este lugar particular, él mismo obstaculizaba o impedía hacer lugar al Señor, y por eso conmemora las cosas que le pertenecían: No entraré, dice, en el tabernáculo de mi casa hasta que encuentre... ) Qué? ) Acaso cuando encuentres un lugar para el Señor entrarás en tu tabernáculo? O más bien, ) no será tu mismo tabernáculo aquel en donde encuentres el lugar para el Señor? ) Por qué? Porque tú serás este lugar del Señor, y también serás uno con aquellos que sean lugar del Señor" (Comentario al salmo 131, 5). Esto exige que nos preguntemos con cierta frecuencia si yo antepongo el bien común al privado.

El que quiere construir bien el edificio, tiene que pensar en los cimientos, de lo contrario todo puede terminar en una ruina: ") Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ) Piensas construir una gran fábrica en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanto mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando la fábrica se construye, sube a lo alto; pero quien cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego la fábrica se humilla antes de elevarse y después de la humillación se remonta hasta el remate. )Cuál es el remate de la fábrica que intentamos construir? ) Adónde ha de llegar la crestería del edificio? Pronto lo digo, hasta la presencia de Dios. Quien lo desea, entiende lo que yo digo y lo que él oye. Se nos promete la visión de Dios, del Dios verdadero, del Dios sumo" (Sermón 69, 2-3). es necesario, por tanto, fundamentarnos en la humildad y asumir, tanto a nivel personal como comunitario, un comportamiento de vida conforme a la elección y a la donación total a Dios.

La comunidad religiosa es fundamentalmente una casa de oración y cada uno de los religiosos han de ser hombres de oración: orar ha de ser su verdadera tarea, orar ha de ser su misión, su vida, su auténtica razón de ser; está claro que para que la comunidad religiosa sea esto, ha de serlo cada uno de sus miembros: "El trabajo, pues, tiene que hacerse todo dentro de sí mismo. Y si tal vez tratas de hallar un lugar alto, un lugar santo, hazte tú mismo templo de Dios; porque santo es el templo de Dios, que sois vosotros. ) Quieres orar en el templo? Ora dentro de ti mismo. Pero primero sé templo de Dios, ya que El oye al que ora en su templo" (Comentario al evangelio de Juan 15, 25). Pero "el llamar a Dios no se hace con la voz, sino con el corazón; muchos moviendo la boca, no pudieron suplicar cosa alguna al tener el corazón apartado de Dios. Si clamas, clama interiormente donde oye Dios" (Comentario al salmo 30, 2, s.3, 10). Es necesario, a la vez, ser conscientes de que lo que dice la boca tiene que nacer del corazón, para que la oración sea auténtica y cumpla con su misión: "Cantar conociendo fue concedido por divino querer a la naturaleza del hombre...Por lo tanto, carísimos, lo que hemos cantado con voces acordes debemos conocerlo y contemplarlo en la quietud del corazón" (Comentario al salmo 18, 2, 1). De todas las maneras es la voz del corazón, que muchas veces pasa desapercibida

a los hombre, pero que a Dios le suena como un grito, la que constituye fundamentalmente la oración: "Con mi voz llamé al Señor; es decir, no con la voz corporal, que se propaga con el estrépido del aire herido, sino con la voz del corazón, que no se oye por los hombres, pero que suena a clamor para Dios" (Comentario al salmo 3, 4).

La comunidad es un oasis de fraternidad, donde ha de superarse todo individualismo, se ayuden mutuamente, se comparten sentimientos e ideas, victorias y derrotas, esperanzas y desilusiones: "No quiero yo sólo engrandecer al Señor; no quiero yo únicamente amarle; no quiero entregarme yo solo a El, pues no temo que, si yo soy abrazado por El, no pueda echar a otro las manos. Tanta es la amplitud de la Sabiduría de Dios, que todas las almas pueden ser abrazadas y gozar" (Comentario al salmo 33, s.2, 6). La necesidad mayor es comunicar a otros la experiencia del propio encuentro con Dios, es decir, necesidad interior de gritar a todos la alegría del propio encuentro con Cristo, para animarle a que también el otro haga la misma experiencia, o mejor, para que juntos volvamos a experimentar ese encuentro plenificante que transforma toda la vida, sólo así la adhesión a la llamada de Cristo será plena: "Llama gozo pleno al que hay en esta sociedad, en esta caridad, en esta unidad" (Comentario a la epístola de Juan, 1, 3). Por eso Agustín dice: "Amad a todos los hombres, incluso a vuestros enemigos, no porque algunos ya sean hermanos, sino para que los que no lo son lo sean. Arded siempre con amor fraterno, ya para con el que es hermano, ya para con el enemigo, a fin de que amándole se haga hermano. Siempre amáis al hermano, amáis al amigo. Ya está contigo, ya está unido a ti en la unidad católica. Si vives bien, amas al que de enemigo se convirtió en hermano... Luego todo nuestro amor fraterno se encamina hacia los hermanos, hacia todos los miembros de Cristo. La instrucción de la caridad, hermanos míos, su fortaleza, sus flores, frutos, belleza, amenidad, pasto, comida, bebida y caricias, no habían... Extiéndela por todo el orbe si quieres amar a Cristo, porque los miembros de Cristo se hallan esparcidos por todo el mundo" (Comentario a la epístola de Juan 10, 7-8).

De lo que se trata en la comunidad es de vivir en uno, es decir, tener unidad de mente y de corazón en camino hacia Dios, formar una sola cosa, superando las dificultades, los intereses personales y estar disponibles a la acción unificante del Espíritu, pero para esto es necesario saber amar a los demás, saber estar con los otros y purificar el propio amor: "Purifica tu amor. El agua que corre a la letrina condúcela al huerto. El impulso que manifestaba dirigiéndose al mundo encáucelo al Artífice del mundo. ) Por ventura se os ha dicho no améis nada? No. Si no amáis nada, seréis perezosos, dignos de ser aborrecidos, miserables; estaréis muertos. Amad, pero pensad qué cosa améis" (Comentario al salmo 31, 2, 5). A la vez será necesario correr, pero con los dos pies: "Creyendo, anhelando con el corazón, corriendo con la caridad. Tus pies son la caridad. Ten dos pies, no seas cojo. ) Cuáles son los dos pies? Los dos preceptos del amor: el de Dios y el del prójimo. Con estos pies corre hacia Dios, acércate a El, porque El te exhorta a correr y El de tal modo derrama su luz, que puedes magnífica y espléndidamente seguirle" (Comentario al salmo 33, 2, 10).

La comunidad, como unidad de hermanos en la única caridad de Cristo, es un ideal que no está nunca del todo realizado y conquistado, pero una comunidad ha de ser siempre un centro de espiritualidad, un oasis de paz, porque los hermanos se toleran y viven la concordia fraterna: "El que ama a su hermano soporta todas las cosas por la unidad, puesto que en el vínculo de la caridad se asienta el amor fraterno" (Comentario a la epístola de Juan 1, 12). Así la comunidad se convierte en ese puerto al resguardo de las grandes olas de alta mar, pero donde todavía no está todo en calma y las barcas tienen que estar muy juntas para que no choquen y se destrocen: "Efectivamente; pero los pocos buenos, ) de qué turbas han sido escogidos? Supongamos que

estos pocos son todos buenos; sin duda tuvieron un laudable y buen pensamiento quienes eligieron llevar con los tales una vida tranquila, ya que, apartados del bullicio mundano, de las turbas agitadas, de las grandes turbulencias del siglo, se hallan como en el puerto. Pero ¿ya encontrará el gozo allí, ya encontrará el regocijo que se promete? Aún no; todavía habrá allí gemido, molestia de tentaciones, ya que el puerto tiene entrada por alguna parte; si no la tuviese, no penetrarían las naves en él; necesita tener entrada por algún sitio. Pues bien, algunas veces por la parte abierta penetra el viento, y en donde no hay escollos, con todo, se rompen las naves al estrellarse unas contra otras. ¿En dónde habrá seguridad, si no la hay en el puerto? Sin embargo, ha de confesarse, ha de concederse y es cierto que están siempre más seguras en el puerto que en alta mar. Ámense, júntense bien las naves en el puerto, y no chocarán entre sí. Obsérvese aquí la uniforme paridad y la armonía de la caridad, y, cuando quizá acometiere el viento por la parte libre del puerto haya allí una dirección prudente. Porque, ¿qué me ha de decir el que preside en tales lugares? ¿Qué digo? ¿El que sirve a los hermanos en aquellos lugares que se llaman monasterios?" (Comentario al salmo 99, 10).

Para vivir en comunidad es necesario negarse a uno mismo, vivir pendientes de los demás y sin buscar los propios intereses; en el fondo formar la comunidad como un sólo cuerpo en Cristo es el sacrificio de los cristianos y "verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza... De ahí viene que el mismo hombre, consagrado en nombre de Dios y ofrecido a Dios, en cuanto muere para el mundo a fin de vivir para Dios, es sacrificio" (La ciudad de Dios 10, 6).

Si queremos llevar fruto es necesario tener la caridad, que es la condición imprescindible para pertenecer a la familia de Dios: "No tiene fruto porque no tiene a Cristo. No tiene a Cristo quien no mantiene la unidad de Cristo, quien no tiene caridad. El resultado de este silogismo es que no tiene fruto quien no tiene caridad" (Sermón 89, 1). De la misma manera el que no canta el cántico nuevo es porque no vive en la unidad: "Ya dije, hermanos, que toda la tierra canta cántico nuevo. El que con toda la tierra no canta cántico nuevo, cante lo que quiera, profese la lengua el Aleluya, cante todo el día, cante toda la noche; con todo, no me arrastrará demasiado el oído la voz del que canta, pues atiendo a las costumbres del que obra. Le pregunto y le digo: ¿Qué es lo que cantas? Me responde: Aleluya. ¿Qué significa aleluya? Alabad al Señor. Pues ven, alabemos a una al Señor. ¿Por qué discordamos? La caridad alaba al Señor, la discordia le ultraja" (Comentario al salmo 149, 2). A partir de aquí lo importante es que nos mantengamos juntos, porque el cántico nuevo es el cántico de la caridad y de la unidad: "Para mostrar que en el cántico nuevo hay fruto de caridad y de unidad, añadió: Y cantad al Señor toda la tierra. Nadie se aparte, nadie se separe; eres trigo, soporta la paja hasta la bielta. ¿Quieres salir de la era? Dado caso que seas trigo fuera de la era, te encontrarán las aves y te comerán. Añade a esto que, por lo mismo que te alejas y vuelas, demuestras que eres paja, ya que por ser tenue vino el viento y te arrebató de debajo de los pies de los bueyes. Quienes son trigo soportan el trillo; se alegran, y porque son granos gimen entre la paja, esperan al bieltador, a quien conocen por Redentor. Cantad al Señor un cántico nuevo; su alabanza en la Iglesia de los santos. La Iglesia de los santos es la Iglesia de trigo difundido por todo el orbe terráqueo, sembrado en el campo del Señor, el cual es este mundo" (Comentario al salmo 149, 3).

El testimonio vivido de esta unidad de caridad es el valor prioritario por el que los agustinos debemos arriesgar la vida, es su razón de ser: completarse mutuamente para testimoniar concretamente, en todas las expresiones de la vida, esta unidad de caridad. Agustín ha querido que su comunidad fuera en la Iglesia el coro que canta el cántico nuevo y que enseña

a todos a construir el templo de Dios en armonía: "Quien desgarrar la unidad, profana el templo de Dios, porque no está unido a la cabeza, por la cual todo el cuerpo, unido y compaginado mediante la universal acción de la suministración alimenticia, según la operación de los miembros, obra a la medida de cada uno el incremento del cuerpo para edificación de sí mismo en caridad. Dios está en este santo templo suyo, el cual consta de muchos miembros, que ejecutan sus propios oficios y se hallan conformados por la caridad en un solo edificio. Todo el que, basado en su preeminencia, se aparta de la sociedad católica, profana este templo" (Comentario al salmo 10,7).

La gran labor que tenemos los miembros de la comunidad es construir ese lugar del Señor, es decir, la unidad de la mente y del corazón hacia Dios, que supone todo un programa de acción y que sólo es posible desde la unanimidad: "Cuál es su santo lugar lo demuestra cuando dice: Dios hace morar en casa a los de un solo modo de ser, es decir, a los unánimes, a los que tienen un solo pensar. Este es el lugar santo de Dios... Su santo lugar son aquellos hombres a quienes hace habitar en la casa de un solo modo de ser o de una sola costumbre" (Comentario al salmo 67,7). Se tratará de ser hermanos, sabiendo que nos hace hermanos la caridad: "Me dices: No me busques; esto lo quiere la iniquidad; pero no la caridad, por la que somos hermanos" (Comentario al salmo 18, 2, 6), de ser Iglesia, que significa no romper la túnica de Cristo y revestirnos de caridad y de unidad: ") Cuál es esta túnica, si no es la caridad, la cual nadie puede dividir? ) Cuál es esta túnica, si no es la unidad? Sobre ella se hecha suerte; nadie la divide. Pudieron los herejes dividir los sacramentos, mas la caridad no la dividieron. Y porque no pudieron dividirla, se apartaron; luego ella permanece íntegra... Nadie la mueve de la Iglesia católica, y si alguno comienza a poseerla fuera, se mete dentro como se metió por la paloma el ramo de olivo en el arca" (Comentario al salmo 21, 2, 19). Por tanto, "hablemos todos a nuestra alma, porque el alma de todos nosotros debido a la única fe, es una sola, y todos nosotros, los que creemos en Cristo, atendiendo a la unidad de su cuerpo, somos un solo hombre" (Comentario al salmo 103, s.1, 2).

La comunidad ha de ser el modelo de Iglesia, es decir, la expresión más perfecta de la concordia y de la común caridad: Así, pues, decimos de algunos hombres: tienen paz entre sí, se guardan la fe mutuamente, tienen entre sí caridad... Entre los montes correrán, pues, las aguas; ninguna discrepancia emanaba de las aguas de aquellos montes, sino la paz de la conformidad y la unidad de la caridad... Luego, hermanos, sirva lo que dije a vuestra caridad sobre las fuentes para esto. Sed valles para que broten de vosotros las fuentes y comunicad con los hombres lo que recibisteis de Dios. Corran las aguas por medio. A nadie envidiéis; bebed, saturaos; manad saturados. Sea glorificada el agua común de Dios en todas las partes, y no la mentira peculiar de los hombres" (Comentario al salmo 103, s.2, 11). La comunidad no es la alternativa de la Iglesia, sino una iglesia en pequeño, que tiene sentido en la Iglesia y por la Iglesia. La comunidad religiosa es la misma Iglesia, es la tienda y está llamada a testimoniar en el mundo esta unidad. Es la misma Iglesia que intercede y llama a ser coherentes, la que clama para que todos y cada uno oigan, pero necesita pregoneros, necesita que se preste la voz: "Su voz se deja oír a la puerta y dice: 'Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía. perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos con las gotas de la noche'. Como si dijese: Tú reposas, y la puerta está cerrada para mí; tú te entregas al ocio, que pocos pueden tener, y, mientras tanto, la abundancia de la impiedad entibia en muchos la caridad. La noche representa al pecado; sus gotas y rocío son los que se entibian en la caridad y caen y entibian a la cabeza de Cristo, esto es, hacen que Dios no sea amado, pues la cabeza de Cristo es Dios. Son llevados en los cabellos, es decir, son tolerados en los sacramentos visibles, porque jamás los sentidos penetran en el interior de ellos.

Bate para sacudir el sosiego de los buenos ociosos, y clama: Ábreme, hermana mía por mi sangre, próxima mía por mi acercamiento, paloma mía por mi espíritu, perfecta mía por mi doctrina, que con mayor plenitud has aprendido en tu reposo; ábreme, predícame. ) Cómo he de entrar a aquellos que me cerraron la puerta, sin que haya quien me la abra? ) Cómo han de oír, si no hay quien les predique?" (Comentario a Juan 57, 4).

La comunidad no es lugar de descanso, sino centro de búsqueda en el espíritu de la verdadera caridad; es centro donde aprendemos a ser servidores de la Iglesia, de hecho, el monasterio de Hipona nunca era algo cerrado e independiente de la Iglesia, de él han salido algunos obispos para el resto de la Iglesia africana. "Por eso quisiera afiliar a un ciudadano tan bueno como tú a una patria más alta, por cuyo santo amor peligro y me fatigo y empleo mis fuerzas en medio de los hombres a quienes yo gobierno, para que la consigan" (Epístola 91, 1). Es cierto que se necesita ser respetuosos con todos, pero no menos cierto es que tenemos que presentar la verdad a todo el que la pueda percibir; esta es la experiencia de Agustín mismo: "No trato de que nadie sea obligado por la fuerza a entrar en la comunión católica, sino de que la verdad evidente se patentice a todos los que yerran, para qué, por mi ministerio y con el auxilio de Dios, la misma verdad manifiesta se haga abrazar y seguir" (Epístola 34,1). Esto, no obstante, no garantiza que sea bien recibido el mensaje, de hecho, con frecuencia, no es así: "Por deciros esto y por estimularos a este bien de la paz, de la unidad y de la caridad, me hice enemigo vuestro. Y ahora me enviáis a decir que me mataréis porque os digo la verdad, porque empleo todas mis fuerzas en no permitir vuestra perdición" (Epístola 105,17).

La experiencia de Agustín nos anima a embarcarnos en la tarea de evangelizar y a ayudar a que todos se acerquen a Cristo y se alimenten de la fe: "A quienes, sin embargo, cuanto podemos, les exhortamos a que conozcan a Cristo y, por El, al mismo Dios Padre, y les aconsejamos que debe militar bajo la bandera del sumo y verdadero Emperador y les invitamos a la fe, prometiéndoles la impunidad de todos los pecados pasados" (Comentario a la Epístola a los Romanos. Incoada 15).

Agustín siente la necesidad de anunciar a otros la riqueza que él ha descubierto como dinamismo propio de su vivencia y es que sólo así estamos cumpliendo con el deber del cristiano. Pero es más, Agustín está convencido que o nos salvamos juntos o no merece demasiado la pena la vida, al menos como anhelo personal: "Hablándoos salvo mi alma. Si me callo, no sólo me encuentro en un gran peligro, sino también en una irreparable perdición. Pero una vez que os hablo y cumplo con mi deber, atended vosotros mismos a vuestro peligro. ) Qué pretendo, qué anhelo, por qué hablo, por qué me siento aquí, por qué vivo? Hago todo esto con la sola intención de que vivamos juntos en Cristo. Esta es toda mi ambición, mi honor, mi gozo, toda mi herencia y toda mi gloria. Si no me oís y yo sigo hablando, salvaré mi alma. Pero no quiero salvarme sin vosotros" (Sermón 17, 2). Es forzoso reconocer que lo importante es Dios y no nosotros: "Es menester aquí serenidad de espíritu, una fe llena de piedad, veneración, presencia de Dios y no poner los ojos en mí, pobre bandeja, sino en el que pone en esta bandeja el pan" (Sermón 126,8). Hemos de ser conscientes que sólo se es buen orador si se es buen orante, es decir, sólo puede hablar de Dios sinceramente el que está repleto de la experiencia de Dios: "Pierde el tiempo predicando exteriormente la palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior" (Sermón 179, 1). Aunque también es verdad que nadie puede sentir que es el dueño de lo que sirve, somos meros canales y depositarios de la gracia de Dios: "Con la ayuda del Señor, y en cuanto lo permita la mediocridad de mis fuerzas, he elegido servir con ella la gran expectación de vuestra caridad y serviros de la despensa del Señor, de la que me alimento yo juntamente con vosotros"

(Sermón 41, 1).

Agustín invitaba a Pedro y nos invita a cada uno de nosotros a no quedarnos en la contemplación del Tabor, sino a bajar al valle del anuncio y de la evangelización: "Desciende, Pedro. Querías descansar en la montaña, pero desciende, predica la palabra, insta oportuna e importunamente, arguye, exhorta, increpa con toda longanimidad y doctrina. Trabaja, suda, sufre algunos tormentos para poseer en la caridad, por el candor y la belleza de las obras buenas, lo simbolizado en las blancas vestiduras del Señor... Desciende a trabajar a la tierra, a servir en la tierra, a ser despreciado, a ser crucificado en la tierra. Descendió la vida para encontrar la muerte; bajó el pan para sentir hambre; bajó el camino para cansarse en el camino; descendió el manantial para tener sed, y ¿rehúas trabajar tú? No busques tus cosas. Ten caridad, predica la verdad; entonces llegarás a la eternidad, donde encontrarás seguridad" (Sermón 78, 6).